

EL CRISTO COSMICO EN SAN PABLO Y EN TEILHARD DE CHARDIN

Por Walter Gardini

Tres días antes de su muerte, el 7 de abril de 1955, en la última página de su diario, Teilhard de Chardin escribía:

“Lo que yo creo

- 1) San Pablo, los tres versículos: *En p̄asi panta Theos.*
- 2) Cosmos = Cosmogénesis = Biogénesis → Noogénesis → Cristogénesis.

Los dos artículos de mi credo:

a) El Universo está centrado evolutivamente hacia:

1) lo Alto 2) Adelante.

b) Cristo es el Centro:

- 1) Fenómeno cristiano
- 2) Noogénesis = Cristogénesis (= Pablo).” (El porvenir del hombre, p. 382).

Con el nombre de Pablo, Teilhard abre y cierra la síntesis de su pensamiento. Puede parecer extraño en un científico de su envergadura.

Otro texto nos puede ayudar a aclarar este hecho. “Nunca me hubiera atrevido a considerar y formular de una manera racional la hipótesis del punto Omega, si dentro de mi conciencia de creyente no hubiera encontrado ya no sólo su modelo especulativo, sino su misma realidad viviente.”

Fue sin duda San Pablo quien ofreció a Teilhard el “modelo especulativo” para la formulación de sus tesis más sugestivas. Es el autor más citado y sobre el cual más se funda-

menta, sobre todo en sus escritos ascéticos.

Teilhard leía y releía sin cesar las cartas paulinas y había copiado en una libretita que llevó consigo durante muchos años, los textos cristológicos del apóstol junto a los de San Juan.

Fue a partir de las epístolas paulinas que él elaboró su doctrina acerca de Cristo, centro e inspirador de la evolución.

El Cristo cósmico en San Pablo

La figura de Cristo domina el pensamiento de Pablo e impregna con su presencia todas sus cartas.

Para Pablo Cristo es, en primer lugar, una persona histórica concreta: judío según la carne, del linaje de David, nacido de mujer bajo la ley, injustamente condenado y crucificado sin ningún motivo bajo Pilatos, y finalmente resucitado.

Los datos son muy sobrios pero suficientes para dibujar los rasgos esenciales de Cristo como hombre. Sobre este fondo histórico se inserta el Cristo místico y universal.

“Yo soy aquel Jesús a quien tu persigues”, dijo la voz que derribó a Saul en el camino de Damasco. Jesús vive y mora en los cristianos, actúa en ellos, se identifica con ellos. La Iglesia es su Cuerpo que de El recibe fuerza y cohesión.

Este mismo Cristo está vinculado con todo el cosmos. Pablo lo recuer-

da a menudo. El pasaje más significativo se encuentra en el maravilloso himno cristológico que abre la carta a los Colosenses (1, 16-20): "Todo fue creado por El y para El; El existe con anterioridad a todo y todo tiene en El su consistencia. Dios tuvo bien hacer residir en El toda la plenitud, y reconciliar por El y para El todas las cosas".

Cabe destacar el relieve puesto en la primacía de Cristo: nada ni nadie existe arriba de El, que es la "plenitud" (pléroma).

Como Verbo eterno del Padre, Cristo ejerce un influjo sobre todas las criaturas. Estas existen "en El" como en su centro supremo de unidad y de armonía que da al mundo sentido y valor. Proceden "de El", cooperador en la obra de la creación en la línea de la ejemplaridad y de la eficiencia, y tienden "a El" como su fin, corona y complemento de todas sus exigencias y de todas sus perfecciones. Nada queda fuera de su dominio.

Estas palabras podrían hacernos pensar en las ideas platónicas, en un Anthropos primitivo y abstracto de ciertos mitos del Oriente cercano y lejano, pero Pablo agrega: "descendió y ascendió para llenarlo todo con su presencia".

Cristo bajó en el mundo, se hizo "igual en todo a los hombres" y asumió una carne verdadera con la que en cierta medida se unió al mundo de la materia. Compartió con los hombres todas las condiciones de la vida terrenal con excepción del pecado y ascendió, después de su resurrección, "llevando consigo a los cautivos".

Con su cuerpo glorioso, está ahora en el centro del mundo, como nuevo Adán, "espíritu de vida", fuerza santificadora.

Los "cautivos" liberados son, en primer lugar, los hombres, pero junto con ellos, en razón de la íntima unión establecida entre ellos y las realidades cósmicas "sometidas a la vanidad" por su causa, todo el mundo participa de esta liberación.

Este proceso de liberación es difícil ya que existen fuerzas enemigas internas y externas. Son los "espíritus del mal" y las "acechanzas del Diablo" que se oponen a la instauración del Reino de Dios. La lucha será larga pero vendrá el momento en que, vencido también el último enemigo, la muerte, todo será "recapitulado en Cristo", es decir unificado bajo una única cabeza, un único principio vital.

Este es el Cristo cósmico que fascinó a Pablo y con el cual se identificó.

Perfecta "imagen del Dios invisible" por ser Hijo de Dios; hermano de los hombres por su naturaleza humana; vinculado con su cuerpo a los principios constitutivos de la materia, se yergue en el medio del mundo como puente de unión entre cielo y tierra, tiempo y eternidad. Su cruz es el verdadero árbol cósmico que hunde sus raíces en la tierra, penetra con su copa en el cielo, y llega con sus brazos intermedios hasta los últimos confines de la tierra. A través de El, Dios Padre da su abrazo a toda la creación, animada e inanimada, para unificarla y salvarla.

Este Cristo cósmico:

- llena el tiempo: "Ayer como hoy es el mismo y lo será siempre"; supera "la longitud y la anchura, la altura y la profundidad" del espacio;
- santifica y transfigura el mundo: "Todo lo que Dios ha creado es bueno. "Cristo lo es todo en todos";
- estimula a la acción: "Crecamos para llegar al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo";
- es el fundamento de un optimismo inquebrantable: "Todo puedo en Aquel que me conforta".

La misión de Teilhard de Chardin

Los textos paulinos que hemos presentado son los que más vuelven en los escritos de Teilhard quien retoma la imagen del Cristo cósmico, la asimila y la proyecta en su experiencia de científico.

Geólogo y paleontólogo conoce muy bien los nuevos horizontes abiertos por la ciencia. No es sólo un espectador asombrado sino también un protagonista entusiasta que contribuye, con sus descubrimientos, a demostrar la realidad de la marcha constantemente ascendente de la materia y de la vida. A lo largo de millones de años, una evolución siempre más concentrada y compleja, marca el progreso de la previda, a la vida y al pensamiento; de la cosmogénesis, a la biogénesis y a la noogénesis. El cosmos se manifiesta como una fuerza en constante evolución, abierto a dimensiones infinitas.

Frente a estas conclusiones, muchos cristianos temerosos se encuentran desorientados y casi ahogados en un mundo que escapa de sus esquemas ordinarios. No saben como poner de acuerdo el concepto tradicional de Dios y las afirmaciones bíblicas con los nuevos datos científicos. Se encierran en sí mismos mientras, al margen de la fe, se construye un mundo nuevo.

En realidad, los científicos, dejados a sí mismos, deslumbrados por sus descubrimientos menosprecian los valores espirituales. La materia, con sus fuerzas prodigiosas y tan ordenadas, lo explica todo. No hay necesidad de otras intervenciones, de un Dios que no se ve como pueda encajar con los procesos de la evolución. El Cristianismo ha sido superado y "no aparece más que una especie de proliferación extraña sin analogías ni raíces en el fenómeno humano".

Teilhard comparte el entusiasmo de sus colegas pero no su autosuficiencia y su cerrado materialismo. El dinamismo evolutivo no puede detenerse en la noósfera; el hombre no puede salvarse sólo con sus fuerzas. Las mismas leyes de la evolución apuntan hacia algo superior. Una visión puramente materialista "no resiste a la experiencia: el hombre nunca llegará a superar al mismo hombre uniéndose a sí mismo".

Desde los comienzos de su actividad científica intuye cual es su misión: assimilar los nuevos planteamientos de la ciencia, dar una perspectiva religiosa a la nueva representación dinámica del universo, conciliar dos actitudes que para muchos

son opuestas: la fe y la ciencia, la aceptación del espíritu y el amor al mundo.

A este programa quedó fiel a lo largo de toda su vida.

¿Cómo logró, qué hizo Teilhard para realizar esta unidad?

Cristo principio y fin de la evolución

La ciencia, de la cual era un destacado representante, afirmaba: la explicación del mundo se encuentra en la evolución.

Su fe a que adhería con toda su alma, decía: Cristo es el origen y el término de todas las cosas.

El no tuvo miedo de llegar a una conclusión lógica: Cristo es el principio y el fin de la evolución. Si en El, el universo encuentra su consistencia y si el universo hoy se nos manifiesta dinámico, Cristo debe ser la causa eficiente y final de este dinamismo.

Formula así su credo:

“Creo que el Universo es una Evolución”.

“Creo que la Evolución se dirige hacia el Espíritu”

“Creo que el Espíritu en el hombre desemboca en lo Personal”.

“Creo que lo Personal Supremo es el Cristo Universal”.

Ya San Pablo había visto la historia del hombre centrada en Cristo y había hablado de la presencia de Cristo en el pueblo judío del Antiguo Testamento hasta que, en la “plenitud de los tiempos” apareció en la tierra el Hijo de Dios.

Teilhard ensancha esta perspectiva y considera no sólo el proceso histórico sino también el cosmológico-biológico-antropológico. La materia, a través de una convergencia siempre más perfecta, según el principio de complejidad-conciencia, se transforma progresivamente hasta llegar al hombre “eje y flecha” de la evolución. En el hombre la evolución se hace consciente, la materia cobra mayor interiorización y concentración y la historia adquiere sentido.

En este momento del proceso evolutivo, cuando también históricamente la humanidad había sido oportunamente preparada, se realiza la Encarnación-Muerte y Resurrección de Cristo. Como Dios y como hombre, por la fe del creyente, El es el verdadero eje y la verdadera flecha de la historia, principio y motor, alfa y omega de la evolución entera.

Según esta perspectiva el universo no es otra cosa que la progresiva preparación a la venida de Cristo. La evolución de la previda, la vida y el pensamiento, empalma y culmina en Cristo.

Desde los comienzos del cosmos todo estaba en movimiento hacia El. No hay separación o contradicción entre el proceso evolutivo de la materia y la iniciativa divina de enviar a su Hijo.

Teilhard distingue muy bien el nivel natural del sobrenatural pero subraya, más que otros autores, la continuidad que existe entre ellos. Sin duda la Encarnación del Verbo de Dios ha sido totalmente gratuita, pero eso no impide que haya sido oportuna una adecuada ma-

duración y preparación de la especie humana.

Cristo es el punto de llegada y, al mismo tiempo, punto de partida para etapas ulteriores. El mismo principio de complejidad que ha actuado en la "materia vitalizada" impulsa ahora, a través de una convergencia psicológica y social, hacia una interiorización y concentración colectiva. Todas las partículas individualmente reflexivas se agrupan colectivamente dando origen a un sistema reflexivo único, a una "super-consciencia", a una "hiper-personalización" que irradia sus efectos positivos ya a partir de la existencia terrenal.

El protagonista de esta nueva etapa, proyectada hacia el porvenir, es el hombre, pero junto a él actúa Cristo. Nada escapa al poder vivificador que ejerce desde el corazón del mundo.

Teilhard conoce y usa la terminología tradicional que habla de la influencia moral, jurídica y mística de Cristo, pero le parece que no expresa suficientemente su pensamiento. Prefiere hablar de influencia "física", no material pero sí ontológica y real. Todos los desarrollos que se realizan en el mundo, materiales y espirituales, "dependen físicamente de Cristo" ya que El por su misma humanidad está insertado en el mundo como una realidad "física y orgánica". El es el centro de vida de la gracia, y también de toda la realidad cósmica humana y material.

Esto se verifica, de una manera especial, a través de la Eucaristía, continuación de la Encarnación. En este sacramento, Cristo "para ser

alma de nuestra alma, se hace carne de nuestra carne".

La Cristogénesis

Bajo esta influencia omniabaricante, poco a poco, se realiza la Cristogénesis, palabra con que Teilhard califica la última etapa de la evolución.

Cristo nace en las almas que se abren a su acción vivificadora y se dejan "impregnar con sus energías orgánicas". El las transforma, las "informa" y las unifica. Se constituye una comunidad entre todos los que creen, un "Cuerpo" que recibe de El su vida y estímulo para agrandarse y crecer hasta la plena madurez. La materia contemporáneamente se perfecciona, ya que también la tierra es el "cuerpo de Cristo" y está llamada a una progresiva transfiguración. Se prepara así la Plenitud, (el pléroma paulino) que es el "Cristo total", el "Cristo universal" centro orgánico de todo el universo. Este Cristo es el término de la evolución de todos los seres. "He aquí la verdad libertadora, el remedio adecuado para las inteligencias fieles pero apasionadas, que sufren no poder conciliar en sí dos impulsos casi igualmente imperiosos y vitales: la fe en el mundo y la fe en Dios".

Cristo, preparado de antemano, se afinca en el proceso evolutivo y, gracias a los lazos que unifican la realidad material y espiritual, hace llegar su influencia en toda la naturaleza en movimiento. Este Cristo cósmico "se convierte (de acuerdo a las más hondas aspiraciones de nuestra época) en el símbolo, la vía,

el gesto mismo del Progreso". En él se juntan armoniosamente las exigencias de la ciencia y de la fe.

La nueva vida en Cristo

Como ya San Pablo, también Teilhard saca de la realidad del Cristo cósmico algunas conclusiones prácticas que "deberían renovar toda la Ascesis y la Mística".

La primera es una manera nueva de estar en el mundo. Por la presencia de Cristo en medio de las realidades terrenales, en virtud de la creación y más aún de la Encarnación, todo se transfigura.

Cristo vive en el cosmos y se da a través de él y de todos los seres. Teilhard insiste sobre la necesidad de la "educación de los ojos" para que "como un rayo penetra un cristal", así el verdadero Dios cristiano "invada el universo, tangible y activo, muy próximo, y a la vez muy lejano". De esta manera todo se ilumina, se anima, se hace amable a la luz de Cristo.

La segunda conclusión se refiere al trabajo. La influencia de Cristo no anula la acción del hombre, al contrario la estimula, la purifica, la ennoblece. Todo lo que hacemos tiene un valor sagrado y precioso. "En virtud de la ligazón Materia-Alma-Cristo, hagamos lo que hagamos, reportemos a Dios una partícula del Ser. Con cada una de nuestras obras trabajamos, atómica pero realmente, en la construcción del Pléroma, es decir, en llevar a Cristo un poco de acabamiento.

Hay mucho por hacer en todos los sectores. "El Cristo místico no

ha alcanzado su pleno crecimiento, ni por tanto el Cristo cósmico. Uno y otro, a la vez, son y llegan a ser: y en la prolongación de este engendramiento se encuentra situado el resorte último de toda actividad creada".

Estar en Cristo es vivir en el corazón del movimiento ascensional que lleva "hacia lo Alto y hacia Adelante"; es participar de una manera apasionada en la acción universal y colaborar activamente con la Cristogénesis. Nadie puede quedarse indiferente o pasivo.

Por último, esta visión cristocéntrica da sentido a la historia y fundamenta un optimismo inquebrantable. La evolución no excluye conflictos, cataclismos, la muerte: son las "pasividades" que Teilhard analiza en la segunda parte del "Medio Divino". Todo esto no impide que el progreso sea irreversible hasta llegar a su meta última. Tiempo vendrá en que "el Mal conocerá su mínimo sobre la Tierra agonizante; vencidas por la Ciencia, ya no tendremos por qué temer ni la enfermedad ni el hambre; el odio y las luchas intestinas habrán desaparecido". (El Fenómeno Humano, p.304)

Esta etapa será efecto y culminación de la "colectividad armonizada de las consciencias", del "dominio de expansión pasíquica", del "nuevo paso hacia la génesis del espíritu" logrados a través de la acción conjunta de Cristo y de los hombres. Bajo muchos aspectos, esta visión podría parecer utópica pero "para el cristiano todo el éxito biológico último del hombre sobre la tierra es una certeza, puesto que

Cristo (y virtualmente en El, el mundo) ha ya resucitado". Esto no impide, como observa Teilhard, que a nivel humano, sigan subsistiendo "todos los anhelos de la condición humana". La resurrección de Cristo los rescata a todos según las palabras de Pablo, a menudo citadas: "Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, dará también la vida a vuestros cuerpos mortales".(Rom.8,11)

Renovación de la Teología

El Cristo cósmico está ahora frente a nosotros en todas sus dimensiones "coextensivo a la escala de valores que llenan el espacio existente entre las cimas del Espíritu y las profundidades de la Materia".

Esta es la gran realidad que llenó el alma de Teilhard. El quiso dedicar lo mejor de sus energías a la manifestación de este Cristo "Evolucionador", "siempre antiguo y siempre nuevo que no ha dejado de ser el primero en la Humanidad". Le pareció que los teólogos habían "disminuido" su figura, considerándolo en el contexto de un mundo estático y limitado y sólo bajo el aspecto espiritual y social en agudo contraste con un universo que se había ampliado infinitamente. Descubrió "el gran Cristo de San Pablo y San Juan, de los Padres Griegos y de los místicos" y quiso presentar de El "una figura más atrayente". Lo hizo no con un lenguaje estrictamente teológico o exegetico sino de una forma poética y mística. Su preocupación constante fue la de traducir las fórmulas teológicas y bíblicas con palabras

accesibles al hombre de hoy. En muchas de sus páginas se ve el reflejo de una íntima exaltación interior como cuando busca las expresiones más fuertes y concretas para hacer resaltar la postura de Cristo, "lazo viviente, forma, polo físico de la evolución universal".

Estas y otras expresiones causaron alarma entre algunos teólogos y exégetas. Hay que reconocer ambigüedades, imprecisiones, inexactitudes, interpretaciones exegeticas a veces arbitrarias. No es difícil encontrar textos que pueden ser tildados de panteísmo, inmanentismo, determinismo, naturalismo, etc.

Esta es la suerte de todos los que abren caminos nuevos, que buscan la síntesis de elementos contrarios y que intentan expresar, junto a sus pensamientos sus vivencias más íntimas.

También San Pablo fue objeto de interpretaciones opuestas. Como Pablo, Teilhard quiso vivir la realidad del Cristo cósmico y sus palabras son una tentativa, siempre inadecuada e imperfecta, de expresar una experiencia inefable.

«Aquel a quien le ha sido concedido tener la visión cósmica, ya no confusa sino distinta, (esto es, ver a Cristo más real que cualquier otra realidad del Mundo, a Cristo presente y creciente en todas partes, a Cristo determinación última y principio plasmático del Universo) este vive en una zona adonde no llega la turbación de ninguna multiplicidad, y donde, no obstante, se persigue del modo más activo la tarea del perfeccionamiento universal.

Y si se le muestra, una vez más,

la inexactitud o el error en los términos con que se esfuerza por traducir su experiencia, pacientemente, intentará dar con otra fórmula, pero no renunciará a su visión.» (Escritos del Tiempo de Guerra, p. 195).

Antes de ser juzgado Teilhard invita a vivir sus palabras; a entregarse a Cristo a través del universo y de nuestras acciones; a sintonizar sobre El nuestra vida, a colaborar para que se inicie en la Iglesia el nuevo ciclo adaptado a la edad presente de la humanidad, el ciclo del Cristo universal, centro de todas las realidades existentes en la tierra y en los cielos.

Todo esto requiere una actitud de humildad, de fe y de oración. El Cristo cósmico, aunque vislumbrado por la ciencia, ya que sin El el proceso evolutivo quedaría inacabado, es siempre un don gratuito.

Teilhard lo afirma explícitamente y de esta convicción salen las palabras que todos, creyentes tibios o fervientes, o aún indiferentes, podemos repetir.

“Oh Jesús, rompe las nubes con tu relámpago. Muéstrate a nosotros como el Fuerte, el Centellante, el Resucitado.

Se para nosotros el Pantocrator que ocupaba en las viejas basílicas la plena soledad de las cúpulas. Nos hace falta nada menos que esta Parusía para equilibrar y dominar en nuestros corazones la gloria del Mundo que se eleva. Para que contigo vencamos al Mundo, aparécenos en-vuelto en la gloria del Mundo”. (El medio Divino, p. 108).

Esta invocación refleja lo más hondo del alma del padre Pierre Teilhard de Chardin, geólogo y paleontólogo pero, por sobre todo, creyente convencido y jesuita ejemplar.